

UNA BATALLA DIPLOMÁTICA

Francisco CUEVAS CANCINO

HACE ALGUNOS AÑOS publicó el Fondo de Cultura la traducción del libro de Bemis, *La política latinoamericana de los Estados Unidos*, obra que adolece de serios defectos, el principal de ellos una completa deformación de la causalidad de la política exterior norteamericana, así como el de una negación sistemática de todo lo que no sea la glorificación de su patria. Conscientes los editores de tamaños defectos, advirtieron al lector que la publicación se hacía con la esperanza de que se iniciara un diálogo entre Bemis y autores latinoamericanos.

Parécenos que una de las características principales del último libro de don Daniel Cosío Villegas, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, estriba precisamente en que constituye una vigorosa e importante contestación a ese diálogo hasta ahora unilateral, que el Fondo inició con la publicación antedicha. Las relaciones diplomáticas entre nuestra patria y el país norteamericano han sido tratadas por varios autores norteamericanos, entre otros los que pudieran llamarse clásicos, Callahan y Rippey. Pero por parte nuestra, los eruditos guardaban un silencio apenas roto en obras ocasionales que, por su carácter y método, mal podía decirse se equiparaban a aquéllas.

No se cuenta la de Cosío entre las de esta clase. La excelencia del método, la acuciosidad de la investigación, lo delicado de los juicios emitidos, la seguridad y conocimientos del período la distinguen desde luego como una obra que —ojalá— cree escuela entre nuestros historiadores diplomáticos.

El período descrito es de importancia; trátase nada menos que de aquellos años que transcurren desde el triunfo de la revolución tuxtepecana (¿cabría aquí, en defensa de normas académicas quizá caducas, protestar contra el vocablo "tuxtepecador"?), hasta que finaliza el primer período del general Díaz. La época misma, las graves dificultades inter-

nas que sufrían entrambos países, hicieron de estos años una almáciga de problemas que con frecuencia parecieron a punto de degenerar en crisis bélicas.

Transcurridas las guerras contra los franceses invasores, bajo los gobiernos de Juárez y Lerdo, el país en vano procuró superar esa difícil etapa de descontento y de pugnas intestinas que impidieron, en su intermitencia, nuestro desarrollo. Por su parte, los Estados Unidos eran presa de dificultades causadas por la reorganización, dentro de directivas favorables a la economía industrial norteaña y a la tutela de un partido republicano victorioso aunque dividido en facciones que se combatían y mutuamente aniquilaban. Si las dificultades mexicanas no eran susceptibles de producir problemas para los Estados Unidos, no sucedía lo propio allende el Bravo. Poderosos grupos manejaron ideas imperialistas como paliativo de sus propias e internas vicisitudes, y el aliciente de adquirir nuevas tierras —a un pueblo que se volcaba sobre el despoblado Oeste— se dejó oír una vez más, a guisa de bandera de políticos desprestigiados, con pretexto de una unidad nacional que más debiera buscarse en la supresión de la grave corrupción que bajo el presidente Grant se posesionó del gobierno federal norteamericano.

El período que magistralmente trata Cosío Villegas se encierra dentro de estos grandes marcos. Porque la revuelta tuxtepecana, con su rompimiento del orden constitucional, permitió a los Estados Unidos suscitar una cuestión diplomática compleja: la del reconocimiento del nuevo gobierno mexicano, que además se enredó por la real escisión que existía entre los dos países, motivada por incidentes fronterizos, por la oposición de sus intereses económicos y por las arbitrarias contribuciones que nuestro intranquilo estado político imponía a ciudadanos norteamericanos.

Las varias peripecias que estas cuestiones motivaron en el campo diplomático las relata Cosío jugosa y brillantemente. Todas las negociaciones que procuraron conseguir el reconocimiento del gobierno del general Díaz por parte del de Hayes, pueden seguirse como bajo un microscopio, y en ocasiones, gracias al brillo del relato —cual ocurre en la “esgrima

de fondo" entre Vallarta y Foster—, el lector tiene la impresión de asistir al propio suceso histórico.

Y esta materia del reconocimiento no es una simple cuestión académica. El incidente con Díaz es uno de los primeros ejemplos de esa falaz política norteamericana de servirse del reconocimiento como de una arma diplomática. Y todos los defectos que pueden apreciarse, una y otra vez, siempre que se ha aplicado tan errónea política, aparecen diáfanos en el relato de Cosío Villegas. Leemos cómo la reacción inicial de otorgar un reconocimiento incondicional se pospuso ante el deseo de obtener alguna ilegítima ganancia; cómo esto no motivó sino un gran malentendido entre los dos países, dificultó de hecho todas las negociaciones y terminó, final y lamentablemente, en el fracaso. Los Estados Unidos hubieron de reconocer los hechos: entablar relaciones con el gobierno de Díaz; mas por seguir tan erróneo camino, lo hicieron a destiempo, y además, sin haber salvado ninguna de las dificultades cuya previa solución deseaban. Por lo demás —y aquí el libro de Cosío aporta excelentes datos— puede observarse cómo, de hecho, el ministro Foster reconoció al gobierno de Díaz casi desde un principio, y el mantenimiento de la ficción sólo sirvió para envenenar la atmósfera de nuestras relaciones.

El episodio también encierra importantes lecciones para los mexicanos: no ya por lo que nos enseña de nuestra historia, sino por lo que nos muestra de defectos internos. Todas aquellas negociaciones encaminadas al reconocimiento, por ejemplo, ¿no hubieran sido de solución más fácil, no se hubieran aprovechado mejor nuestras cartas, de contar con hombres avezados a las lides diplomáticas? Porque Vallarta, con todas sus eminentísimas cualidades, al frente de la Cancillería se muestra como un gran improvisado, y los errores que al principio cometió, no poco fortalecieron la mano de los norteamericanos y complicaron innecesariamente el problema. En lugar de radicar las negociaciones en México, por ejemplo, donde contaba con todas las ventajas, se empeña de enviar a Mata a Washington, en condiciones hartamente desfavorables. Y el pago inoportuno del primer abono de la deu-

da externa, hecho sin suficientes garantías (máxime cuando Cosío nos muestra que el Departamento de Estado ya había decidido reconocer al nuevo gobierno, si ello fuera necesario para recibir dicho pago, nos confirma en la anterior opinión.

No sólo describe Cosío Villegas el período con claridad y fuerza, sino que su trazo de los personajes de la época es preciso y firme. La figura de Vallarta como ministro de Relaciones, o la de Zamacona como enviado a Washington, nos parecen particularmente bien logradas. Donde tenemos que diferir un poco con el autor es en su evaluación del entonces enviado norteamericano, John W. Foster.

Para don Daniel, era Foster un individuo altamente capaz, pero a fuer de típico representante de su país, varón atrincherado en sus opiniones, intransigente en sus puntos de vista y agresivo en sus gestiones. Tal parecería que se trata de un hombre —como tantos norteamericanos que hemos conocido todos— de cualidades características, y de simpatía igualmente definida, aunque en sentido diametralmente opuesto. Para lograr tamaño retrato, Cosío Villegas apela a toda su multifacética y abundantísima documentación, y cree llegar a una verdad más íntegra que la que escapó, con toda su perspicacia, a don Genaro Estrada.

Y sin embargo... El juicio de un hombre tan ducho en diplomacia como don Genaro hace desde luego dudar de la bondad de una contraria opinión. Y existe, además, toda una serie de incidentes y detalles que confirman el hecho fundamental de las excelentes relaciones personales que tuvo Foster con los prohombres de la época —cuya mexicanidad está fuera de duda— y ya en tiempos cuando no había por qué tratarlo con especial consideración. Entre los amigos de Foster, incluso terminada su misión en México, se contaron multitud de personajes, empezando por los presidentes Lerdo y Díaz; a esto habría que añadir el hecho de que actuó como consejero de nuestra legación en Washington muchos años, con plena satisfacción de nuestro gobierno.

Con gran respeto hacia don Daniel, no podemos menos que disentir del juicio que sobre Foster emite. Después de examinar con cuidado las *Memorias* de éste, el Prólogo que

don Genaro hizo a la traducción española, y el libro de Cosío Villegas, nos vemos obligados a diferir.

Con todo y los errores que Foster cometió, y que en gran parte se explican por la presión de los acontecimientos, con todo y la posición antipática y agresiva que tuvo que adoptar la mayor parte de las veces, insistimos en creer que el hombre trató a México y a su gobierno con una sana imparcialidad que no llegó a viciar su integridad moral. Como diplomático del gobierno de Hayes hubo, por fuerza, de mostrarse hostil; pero nunca dejó que esa representación alterara su justo conocimiento de las fallas de su gobierno, que en la medida de sus fuerzas tratara de superarla, ni que dejara de dar su justo valor a la posición del gobierno de Díaz. Una frase hay en sus *Memorias* que describe al hombre y que sintetiza el porqué de nuestro juicio: "Este lapso [se refiere al que transcurrió desde el triunfo de la revuelta de Tuxtepec hasta el reconocimiento que al fin otorgaron los Estados Unidos al nuevo gobierno] había sido de intensa ansiedad para la administración de Díaz y para mí de gran embarazo personal, pues mi deber era sostener lealmente a mi gobierno y yo no podía dar a entender a los mexicanos que la política respecto a reconocimiento era contraria a mi recomendación y consejo." Nos atreveríamos a afirmar que los contemporáneos de Foster así lo entendieron, a pesar de todo, y de allí la privilegiada situación que entre ellos guardó.

Hemos dejado para el final los dos valores más obvios en la obra de Cosío Villegas, quizá precisamente por la tan evidente manera como resaltan. Es el uno la destrucción de esa opinión infundada y regional —porque los autores norteamericanos no la comparten— de que el general Díaz subió al poder con el apoyo yanqui. La obra de Cosío demuestra, sin dejar lugar a duda, que esto no fue así; aunque, a fuer de exigentes, hemos de indicar que de los documentos por él citados, en ningún momento se observa que hayan sido contrarios a su triunfo; los naturales deseos de sacar ventaja de una situación accidental no comprueban su simpatía por Lerdo.

El segundo valor consiste en que el libro de Cosío nos

recuerda cuán cercana está aún la época en que invadir a México y cortarle otro sector de su territorio se consideraba como una manera lógica y factible de resolver problemas internos en la dura pugna política interna de los Estados Unidos. Como ha dicho un distinguido amigo nuestro, encierra una lección que deben meditar aquellos de nuestros políticos en agraz que a veces favorecen una actitud antinorteamericana, ajena a toda realidad geográfica e histórica.

Vaya nuestra enhorabuena a don Daniel por este nuevo libro que añade otro laurel —no el menor ni el menos perdurable— a su larga y brillante carrera.